MITOLOGÍA PERSONAL

Jesús Montoya Herrera

MITOLOGÍA PERSONAL

Jesús Montoya Herrera

del 7 de febrero al 2 de marzo de 2019

Sala Zaida
Fundación Caja Rural
Acera del Darro 1, Granada

fundación
CAJA RURAL
GRANADA

Edita:
Fundación Caja Rural Granada

Textos:
Francisco José Sánchez Montalbán
Rafael Peralbo Cano
Jesús Montoya Herrera

Diseño y maqutación:
Jesús Montoya Herrera

Impresión:
Pixarprinting

Agradecimientos:
Grupo de Investigación HUM629

ISBN: 978-84-09-08413-5

© de los textos: los autores
© de las imágenes: Jesús Montoya Herrera

www.jesusmontoyaherrera.com

OVACIÓN AL BARRO, A PROMETEO, AL MENÚ DE NETFLIX Y A LAS SIRENAS NACIENDO EN UNA INGRÁVIDA ESCALERA DE M. C. ESCHER

Francisco José Sánchez Montalbán
Decano de la Facultad de Bellas Artes de Granada

Jesús Montoya es sin duda un escultor preocupado por una búsqueda ideológica entre el entorno natural y los valores de libertad e imaginación individual. La audacia posmoderna de su creatividad le posiciona en un diálogo entre el juego escultórico y la naturaleza que desvela hiperbólicos argumentos cercanos al estilo de cómics, del cine fantástico o las facturas de TV series de agrestes contingencias.

En una cultura tan simbolizada e ilustrada por ilusorias épicas referenciales aportadas por los últimos empeños de los videojuegos, la fábula sigue siendo el método por el que llegar a la comunicación seductora y la sabiduría. Quizá por eso, la alegoría clásica encuentra una posición válida en los albores del siglo XXI tanto en sus estéticas como en sus contenidos. El posicionamiento personal en el mundo que el Romanticismo produjo en los artistas fue también una forma de autorizar la expresión de valores intelectuales y artísticos. Por ello, entendemos que el posicionamiento estético de esta exposición es fruto de la multitud de influencias y proyecciones que el genio creador encuentra en sus referentes más directos y cotidianos.

En el catálogo de iconografías presentadas pueden reconocerse inspiraciones formales y conceptuales amplias y bien referidas. Desde el pétreo perenne bestiario románico al excelso *ninot* de fugaz cartón, se plantea un viaje heroico desde el que el autor argumenta nuevas mitologías y testimonios de lo fantástico, nuevos seres fabulosos de una fuente florentina, nuevos minotauros prestados de El Bosco o Picasso o nuevas epopeyas conjeturadas por Richard Wagner. Y en el fondo todo es una reflexión sobre la vida imaginada, una meditación sobre lo sobrenatural, sobre la necesidad de estructuras que alienten la imaginación y la utopía en el sentido filosófico en el que Joseph Campbell, en *El héroe de las mil caras*, proyectara un programa narrativo sobre los mitos como forma de recepción e influencia en la fantasía contemporánea.

En la exposición, *Mitología personal*, a partir de un prolijo modelado se propone un nuevo género de seres fabulosos, como en las representaciones cartográficas del renacimiento, donde Jesús Montoya usa la alegoría para crear una interconexión mítica y análoga entre lo posible y lo real; una exégesis oníri-

ca donde las iconografías concretan un bestiario simbólico. Estas esculturas brotan de un proceso de mitopoeia (*μυθοποίησις*) tolkieniana desde la cual el escultor inventa su universo narrativo con una reflexión poética e intelectual acerca del ser humano, la creación y el mundo.

Y ni siquiera en este contexto, la obra de Montoya, pierde la perspectiva romántica porque propone un sistema estético que se acerca a la naturaleza, a lo vegetal y orgánico como fuente de belleza y de conocimiento. Pero además, esta poética, va más allá del goticismo esperado y reorganiza los códigos de la creatividad para ofrecer un espacio de interpretación y de interrelación cultural que se retroalimenta con escenarios donde la creación y el consumo de la imagen están entremezclando e hiper-relacionando los géneros culturales contemporáneos. Son fáciles de reconocer los límites que justifican la deconstrucción de estas claves culturales contemporáneas como por ejemplo en la insinuación a la fisionomía de Sméagol como memoria sorprendente de la conducta visual de nuestra cultura.

Por eso esta exposición es una ovación al barro; a la argamasa construida de un Prometeo innovador; un rédito a la representación superpuesta y profunda del techo de Altamira o al interminable y también tridimensional menú de Netflix en una pantalla que manifiesta la atracción tanto por el lenguaje mismo como por la experiencia semántica de una doble naturaleza humana y zoológica o botánica. Así, como en un mando de televisión, se invita a un ejercicio hermenéutico y la comprensión de la narrativa escultórica en un itinerario de búsqueda experiencial.

En su conjunto, en este despiece de figuras quiméricas, el artista otorga al espectador la posición de interactuar con legendarias evocaciones sobre *el bosque*, lugar que esconde todo lo posible entre lo humano y lo vegetal. Pero a la vez también es consciente de saborear las sombreadas formas que Bernie Wrightson introdujera en el pensamiento visual contemporáneo y por ello pigmenta y retuerce como enredaderas modernistas sus zoomorfas y multisemióticas mitologías.

"A medida que escuchaban, los hobbits empezaron a entender las vidas del Bosque, distintas de las suyas, sintiéndose en verdad extranjeros allí donde todas las cosas estaban en su sitio" (Tolkien, 2009). Por eso esta exposición aporta, por un lado, el reconocimiento cultural de los seres fantásticos construidos cognitivamente por el autor y por otro el transvase de una experiencia diferente, el nacimiento de sirenas en una escalera de M. C. Escher que retara a la gravedad y a la física y nos situara, como espectadores, siempre en la aceptación de estar en un nivel simbólico.

LA BÚSQUEDA INSTINTIVA

Rafael Peralbo Cano
Departamento de Escultura de la Universidad de Granada

La génesis del acto creativo y del planteamiento plástico surge de las ideas que el propio artista alberga en su mente. Los escultores, sujetos creadores de objetos mediante volumen y representación, deben convertirse en "organizadores" de esas imágenes mentales, ideas que reaparecen definiéndose y materializándose en bocetos, dibujos y masas más o menos perdurables, enriqueciendo con su acto creativo la realidad de la Escultura a través de la inclusión en ella de nuevos significantes.

Sin embargo, esa nueva búsqueda que supone un proceso previo de abstracción perceptiva, rara vez se ha visto desligada de la estructura del percepto "figura humana". En este sentido, el arte occidental ha sentido siempre una fascinación narcisista en la contemplación corpórea del ser humano como parte importante de meditación, pensando insistentemente en la física anatómica. La pérdida cíclica de autoconciencia ha hecho reaparecer con renovada fuerza la figura humana en la creación artística del arte contemporáneo, arte que se instrumentaliza para favorecer ese estado de autoconciencia y que propicia nuevas ópticas con las que observar y recrear nuestro propio esquema corporal. En esa representación, todo hombre se reconoce y proyecta parte de su existencia. A través de ella podemos rastrear la evolución cultural, política y social de la humanidad, entender los cambios de situación del individuo frente a sus circunstancias y los avances de su pensamiento. Bajo ella podemos comprender la conformación de su propia identidad como individuo y como grupo. En prácticamente todas las épocas, culturas y ámbitos la representación de la figura humana se ha ido repitiendo como el tema principal de creación artística, bien como forma de control del poder o como modo de liberación personal.

Sin ser un gran observador y tan solo echando un vistazo general a la producción escultórica de Jesús Montoya, puede apreciarse un intenso oficio de estudio de la figura humana (en el más clásico de los sentidos), a la que recurre constantemente. El lenguaje del cuerpo constituye un discurso que todos conocemos, un lenguaje universal, entendible para todo el mundo, el cual poseemos innatamente, desde que nacemos: la relación entre la materia y la energía, "entre la carne y el sentimiento". El ser humano puede revelar todo un mundo de sentimientos transmisibles con el solo gesto o la mirada, irradiar energías que pueden transformar el sentido de un hecho, producir sensaciones, crear situaciones mágicas, misteriosas. La figura es eminentemente evocadora. El escultor se interesa por la figura humana como medio para extraer los elementos necesarios para la consecución de una idea. Intenta obtener de esa realidad que lo envuelve la máxima expresión de su pensamiento, de su proyecto personal y de su querer decir, sin caer en la representación por la representación. Así, convierte el cuerpo humano en mensajero del sentimiento, dando prioridad a su significado, apropiándose de él, dotándolo de sentido, accediendo al mundo de la poesía que solamente una expresión

corporal puede proporcionar. El sentido exterior de la vista sirve al sentido interno.

Quienes hemos compartido alguno de sus años de formación -y algunos más-, podemos dar fe de la madurez e independencia adyacente en los trabajos de Jesús Montoya desde los comienzos de su aprendizaje, así como el profundo respeto y la pasión a la que se enfrenta a los conocimientos del oficio artístico. Indudablemente no es ajeno al mundo en el que vive, pues conoce bien el alcance de la tecnología en las pretensiones artísticas del arte actual, pero, sin embargo, no esconde su relación estable con el artista-artesano que en él habita.

En esa relación resulta indiscutible la necesidad plástica del modelado del barro o pasta cerámica, que constituye el principal procedimiento para llevar a cabo toda obra. Desde sus comienzos, el barro se convirtió en el material más noble, el más difundido, el de mayor plasticidad física y estética de todos los materiales, puesto que, como materia viva, rica y orgánica, posee cierta dependencia del artista (al igual que un perro la posee de su dueño), y constituye una responsabilidad que el escultor debe asumir enteramente. En estas esculturas, el propio material y el modelado de textura epidérmica, expresionista e inestable agudizan la expresividad "extrínseca" de la forma. El carácter de huella, de plasticidad, de los gestos y actos motores que quedan impresos en la materialidad mineral de cada obra, constituyen un aspecto importante en la percepción dinámica de la forma plástica escultórica de Jesús Montoya. Además, el escultor adopta el marco pictórico de caballete en la escultura, y lo incluye como un elemento estructural más, empleando en ocasiones gamas dramáticas, teatrales, sin temer a policromías saturadas y contrastes altos, que traducen a la vez una inquietud de independencia y de sinceridad para retornar a la naturaleza.

Su obra parte de una idea compleja, densa y barroca de lo corpóreo, atrapado en composiciones compactas que enfatizan la presión física y psíquica que soporta la morfología humana, sobre la que trabaja en sucesivas etapas, depurando su sentido y su significado, intentando acercarse hacia la expresión máxima del sentimiento con el mínimo de materia. Esa búsqueda instintiva de lo puramente escultórico, responde a una estética que equilibra lo bello y lo grotesco, materializándose en metáforas sobre la condición humana que invitan a la reflexión y el cuestionamiento. Así, sus figuras poseen una estética de ruptura sujeta a tensiones, deformaciones, posturas propias de contorsionistas en algunos casos, donde la figura humana se disgrega, se fragmenta, y se recompone, sin perder en ningún momento el cuerpo humano su sentido estructural ni referencia con la realidad.

Pero es en la representación de su propia figura donde el escultor trata de exorcizar sus miedos, trazar sus límites y exponer sus aspiraciones, porque a pesar de la aparente intención de injerencia a contenidos ajenos, a cuerpos foráneos, e incluso a mitologías intrusas, Jesús Montoya crea con su obra un gran autorretrato de sus propias subjetividades. La presencia del propio autor como parte integrante de ese "bestiario" plástico, amplia el espectro de búsqueda desde el tratamiento consciente y fiel de la propia fisonomía hasta la temática de lo fantástico, auto explorando y autorretratando la propia vida en todos sus aspectos, tanto los más deslumbrantes como los más sombríos y enigmáticos.

Y, como todo autorretrato, no es lineal; es orgánico, su historia y sus estilos se ramifican y entreveran, se va de ida y se regresa. Y en este viaje lo único que queda claro es que todos estos autorretratos conforman un prisma ilusorio que arroja distintas realidades e irrealidades, fantasías e idealizaciones, supuestas formas de autovaloración o posibilidades de conexión interpersonal, reflejos y distorsiones de cómo pensamos los seres humanos y cómo nos auto-representamos. Y aunque el resultado sea una serie de esculturas, independientes en apariencia, la propia autonomía morfológica de las mismas es engullida por su intensa mirada plástica, convirtiéndose en una búsqueda instintiva de sí mismo, auto mostrándose de la manera en la que quiere ser visto por el mundo.

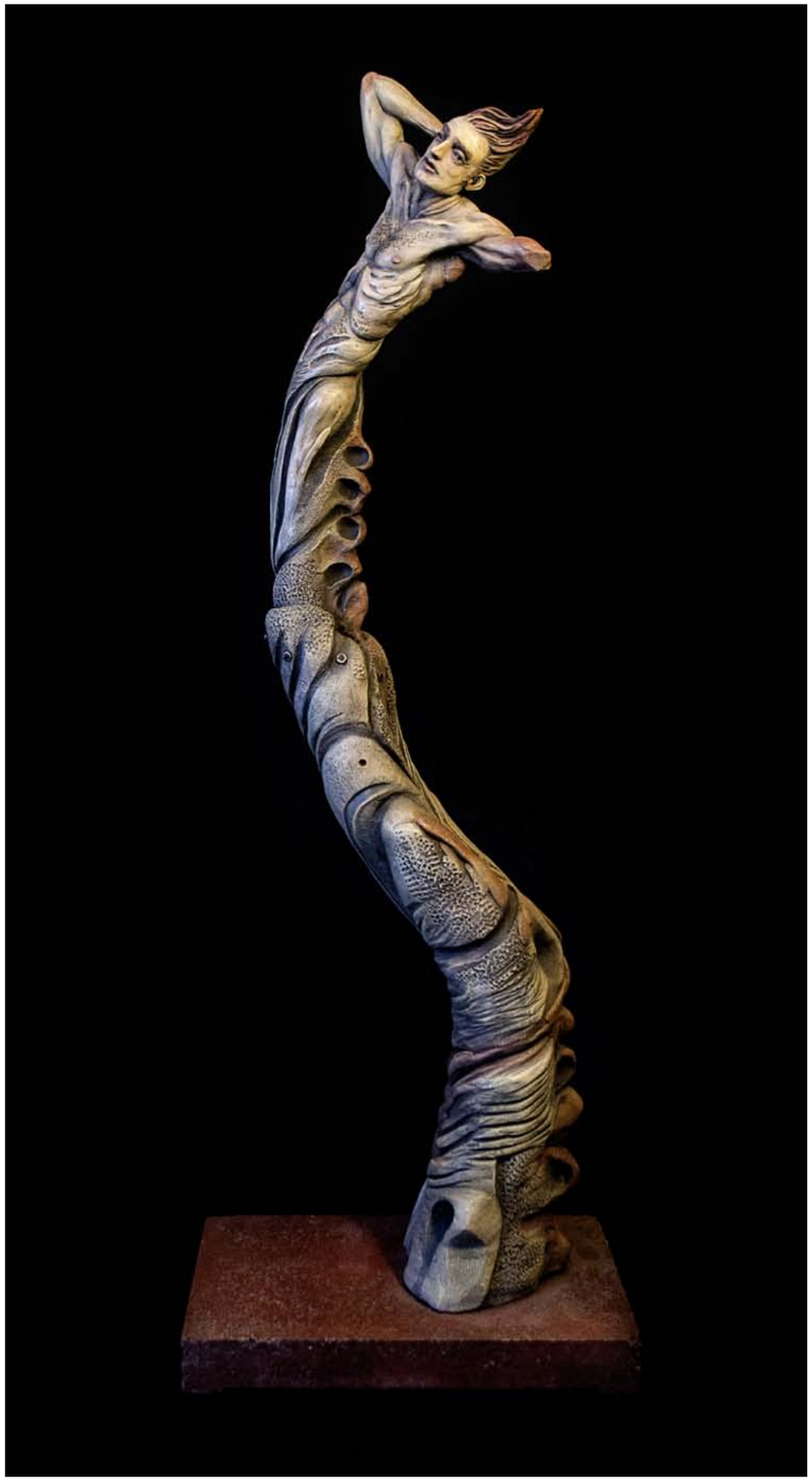
MITOLOGÍA PERSONAL

Vengo del ronco tambor de la Luna,
en la memoria del puro animal.
Soy una astilla de tierra que vuelve
hacia su antigua raíz mineral.

Vengo de adentro del hombre dormido
bajo la tierra gredosa y carnal.
Rama de sangre, florezco en el vino
y el amor bárbaro del carnaval.

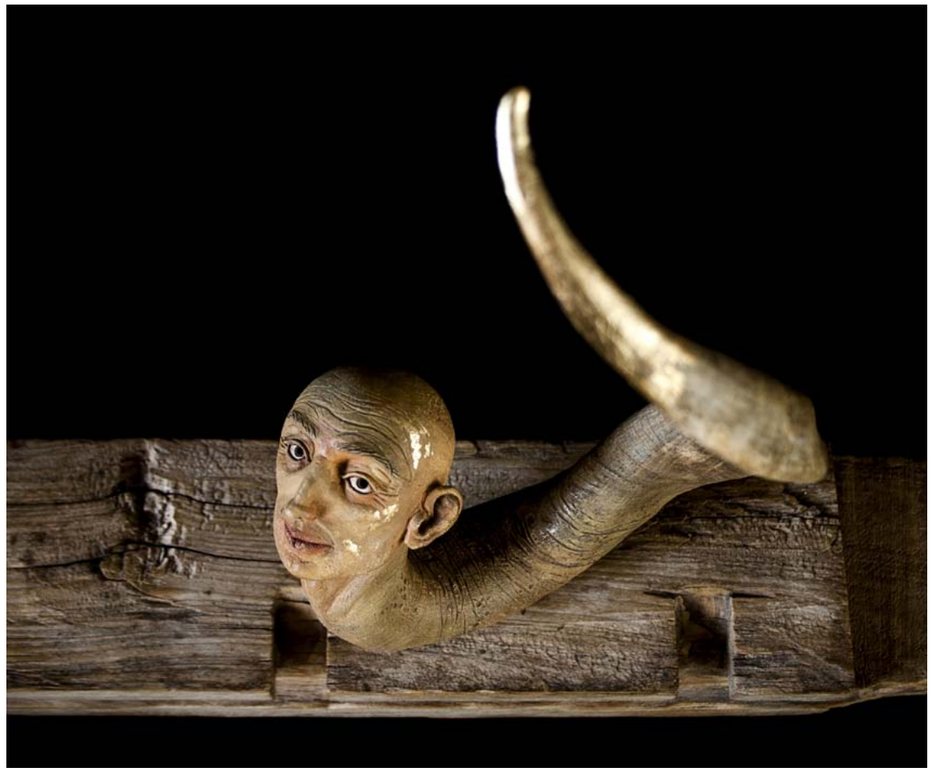
De *Vidala del nombrador*
Jaime Dávalos

La flor del pensamiento
2016
Barro refractario policromado con acrílicos y metal
114 x 21,5 x 30 cm

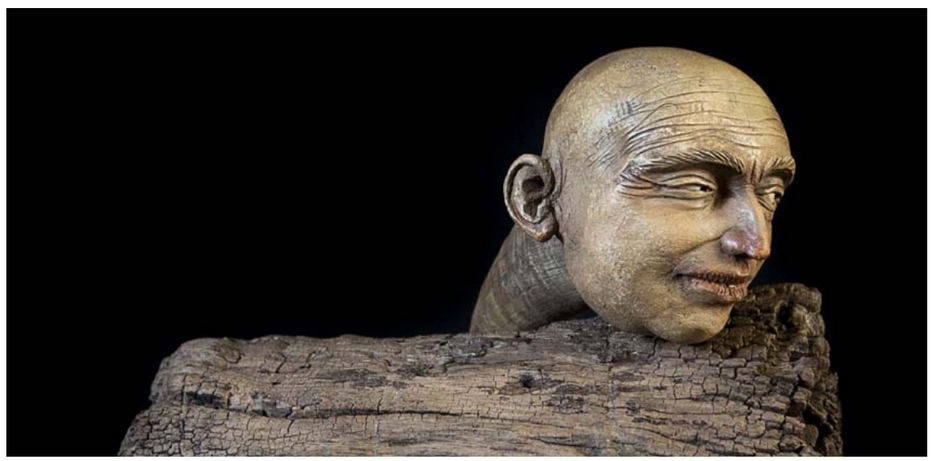


Ascensión
2016
Barro refractario policromado con acrílicos
97,5 x 34 x 21 cm

El dios del bosque de Lújar
2016
Barro refractario y madera, policromados con acrílicos. Escultura de pared
93 x 30 x 23,5 cm

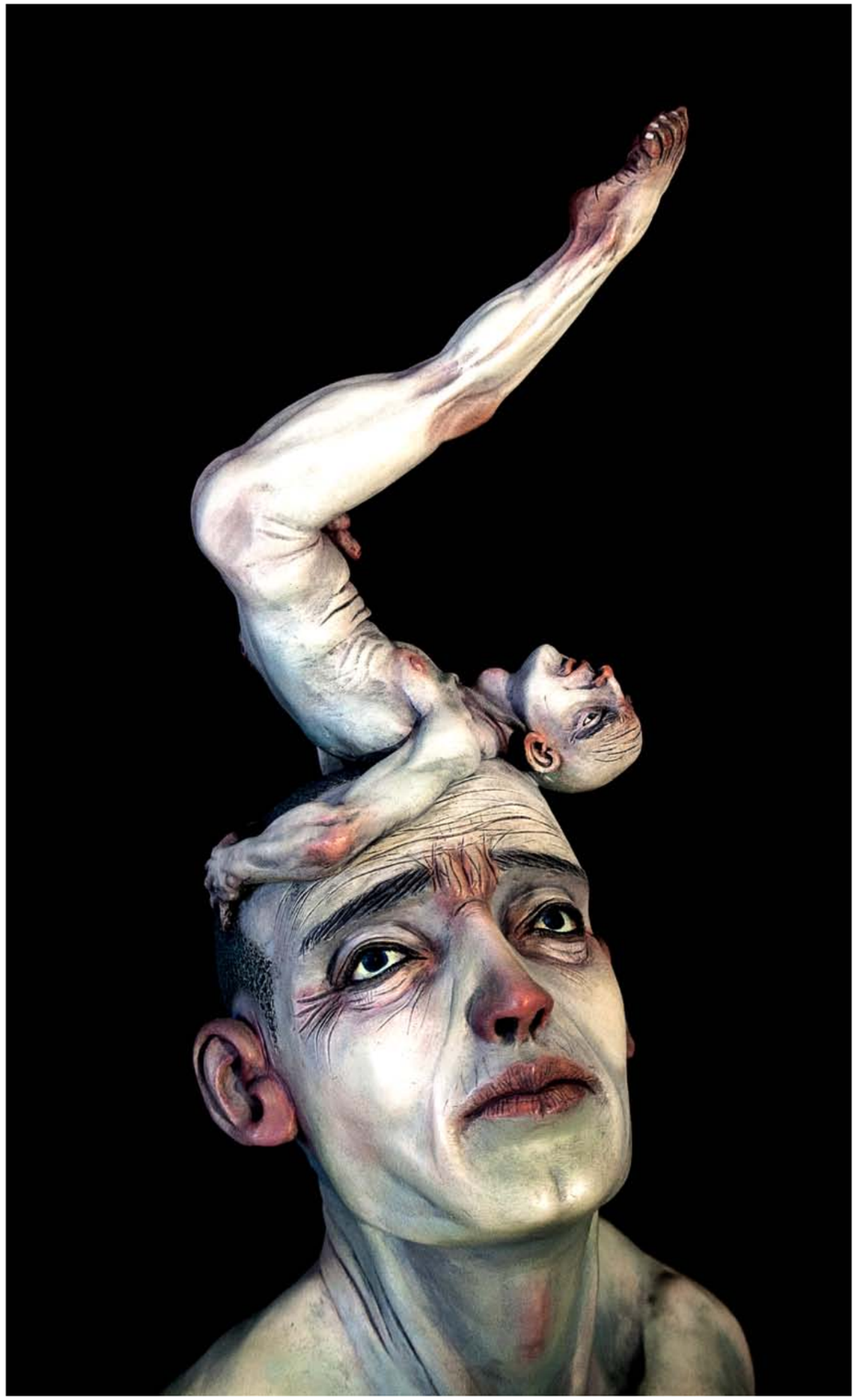


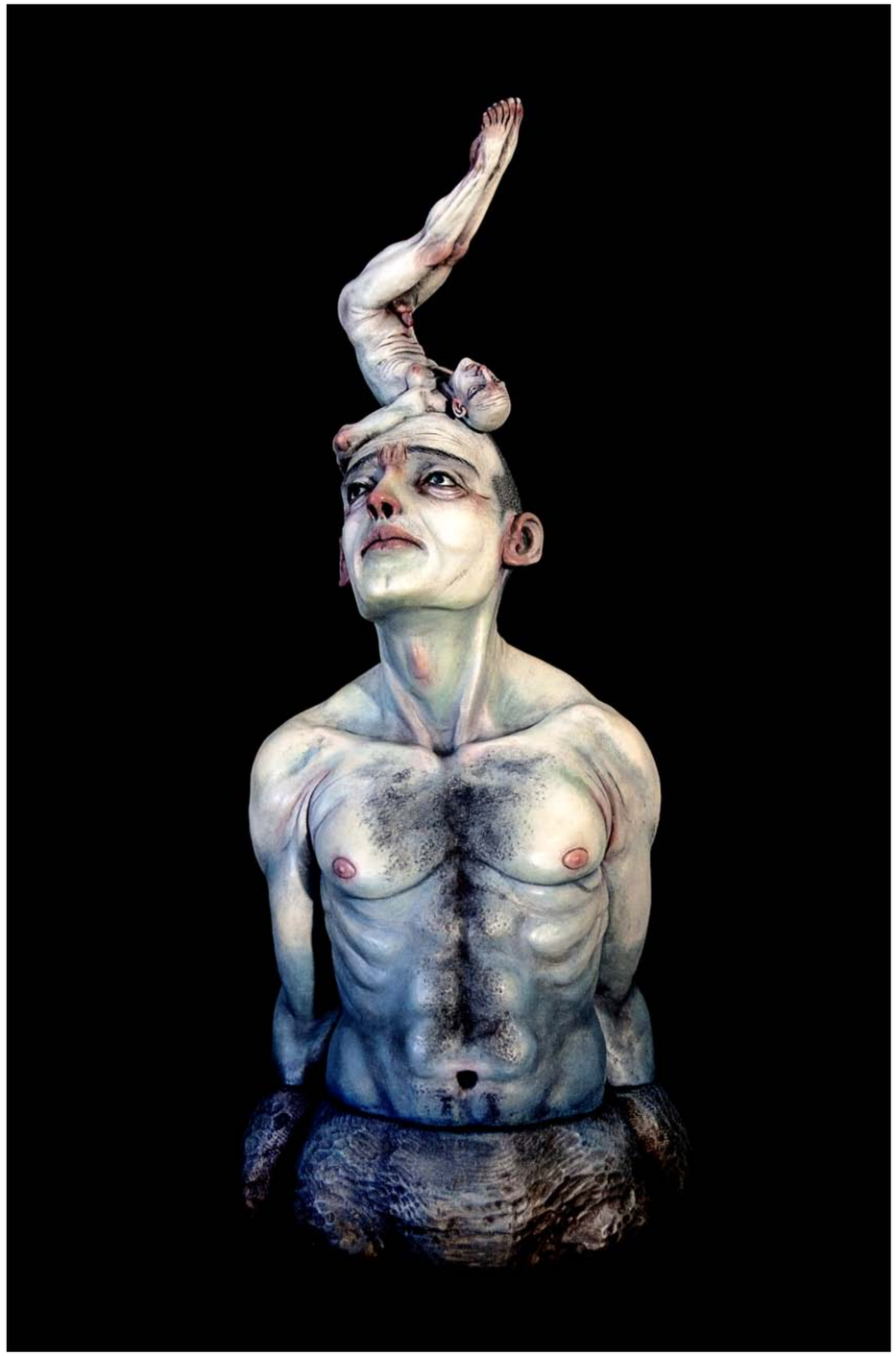
El cuerno dorado
2018
Barro refractario policromado con acrílicos, cuerno de cabra, madera y pan de oro
37 x 82 x 10,5 cm



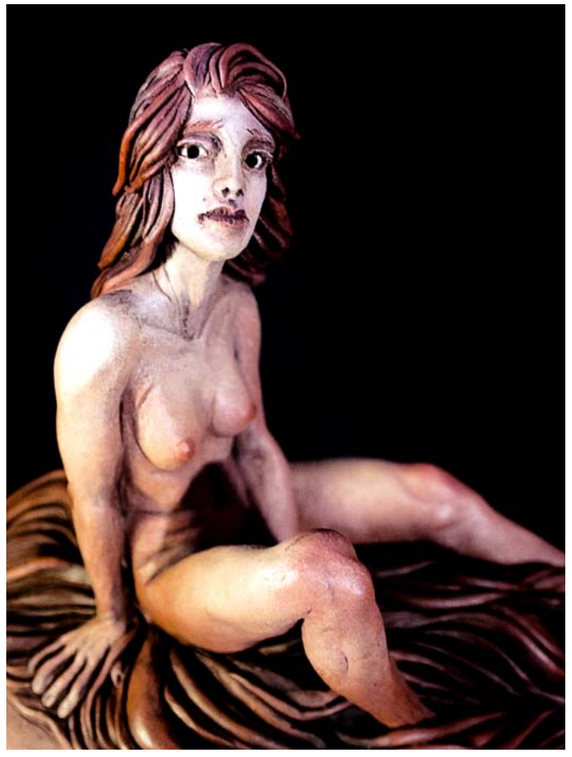
Larva cabra
2018
Barro refractario policromado con acrílicos, cuerno de cabra y madera
29 x 20 x 23 cm

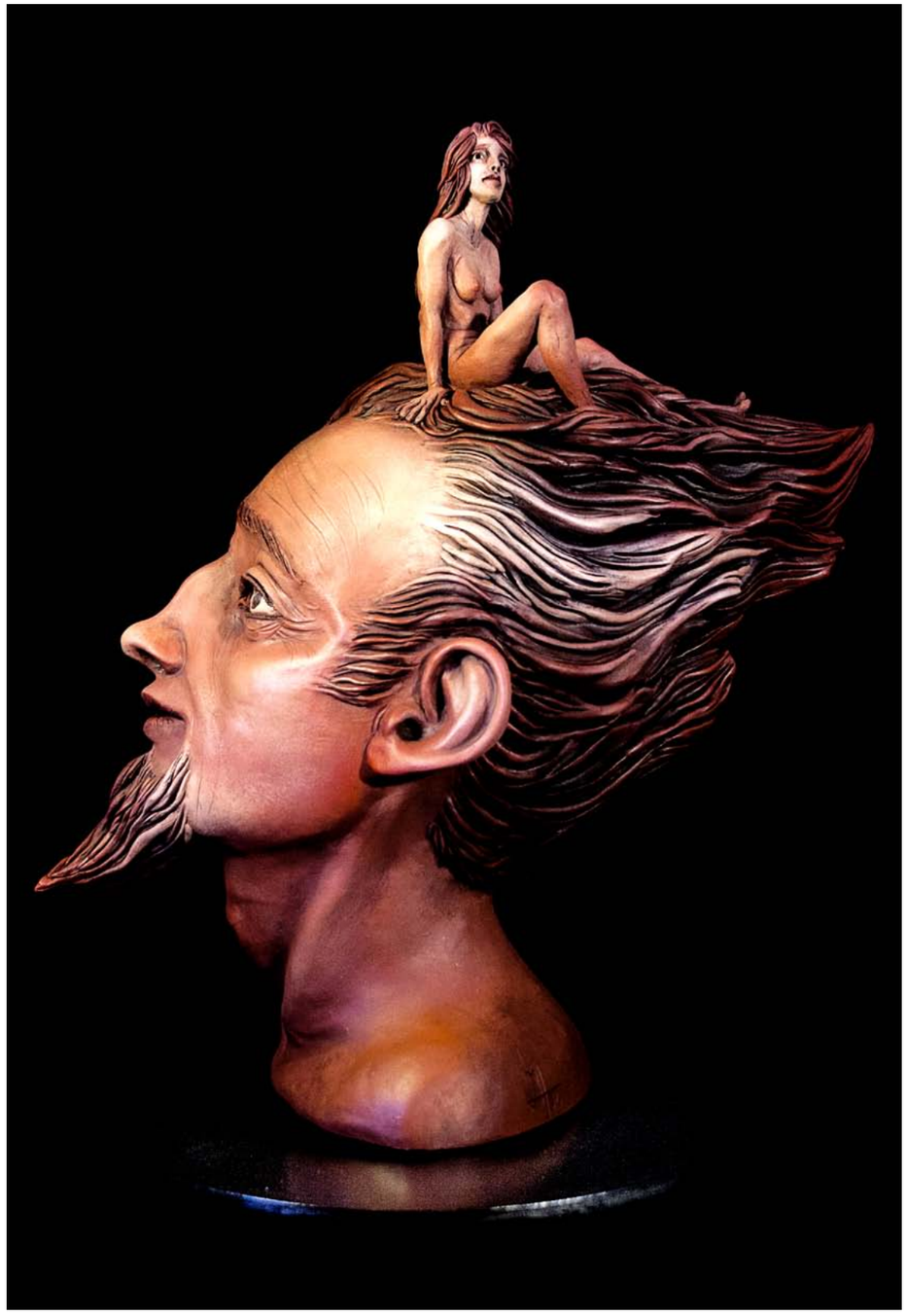
Unicornio azul
2018
Barro refractario policromado con acrílicos, cuerno de cabra y madera
90 x 40 x 40 cm



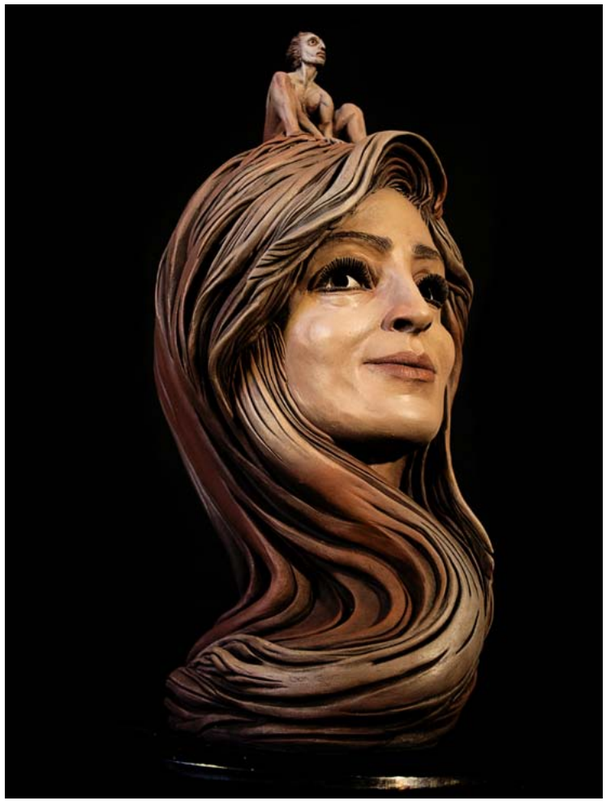


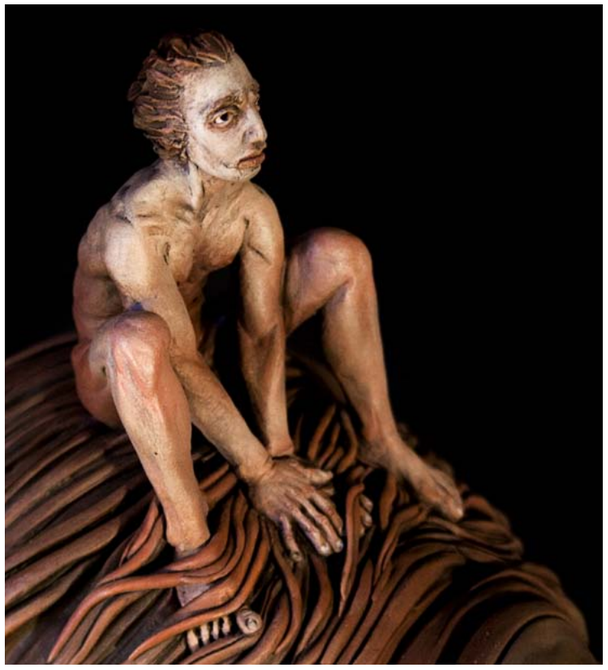
El soñador
2016
Barro refractario y madera, policromados con acrílicos
69,5 x 30 x 20 cm





No alcanzo a verte, tan arriba estás...
2016
Barro refractario policromado con acrílicos
37,5 x 18 x 34,5 cm, sobre peana metálica





Sentando la cabeza II (la esperanza)
2016
Barro refractario policromado con acrílicos
44 x 18 x 24 cm, sobre peana metálica

El susurro de la conciencia
2015
Barro refractario policromado con acrílicos
40 x 31,5 x 23,5 cm, sobre peana metálica

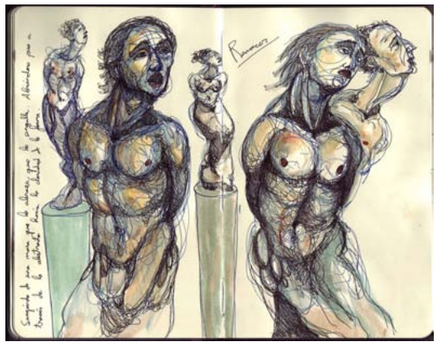
El origen de la idea
2015
Barro refractario policromado con acrílicos
42 x 24 x 26 cm, sobre peana metálica

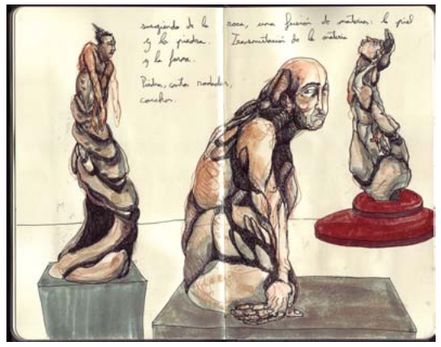
CUADERNOS DE ESCULTURA

Los cuadernos, a través del dibujo, registran de forma rápida y espontánea todo pensamiento, toda idea que algún día pudiera ser llevada a cabo. En ocasiones se persigue una idea preconcebida y en otras es la pluma o el bolígrafo los que, simplemente, piden contacto con el papel por el puro placer del trazo; y de la maraña de líneas van revelándose las formas, va surgiendo la idea...

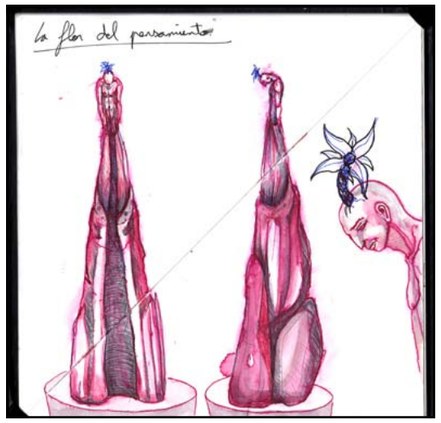
La escultura es más lenta, más sacrificada. Necesita de procesos más dilatados en el tiempo. Por cada escultura materializada muchas ideas se quedan en el papel del cuaderno, esperando su reinterpretación tridimensional. No siempre ocurre. No siempre hay tiempo. Por ello los cuadernos son tan valiosos a nivel personal. Porque en ellos habita incluso lo que no ha sido, y que aún así, ha dejado su rastro.

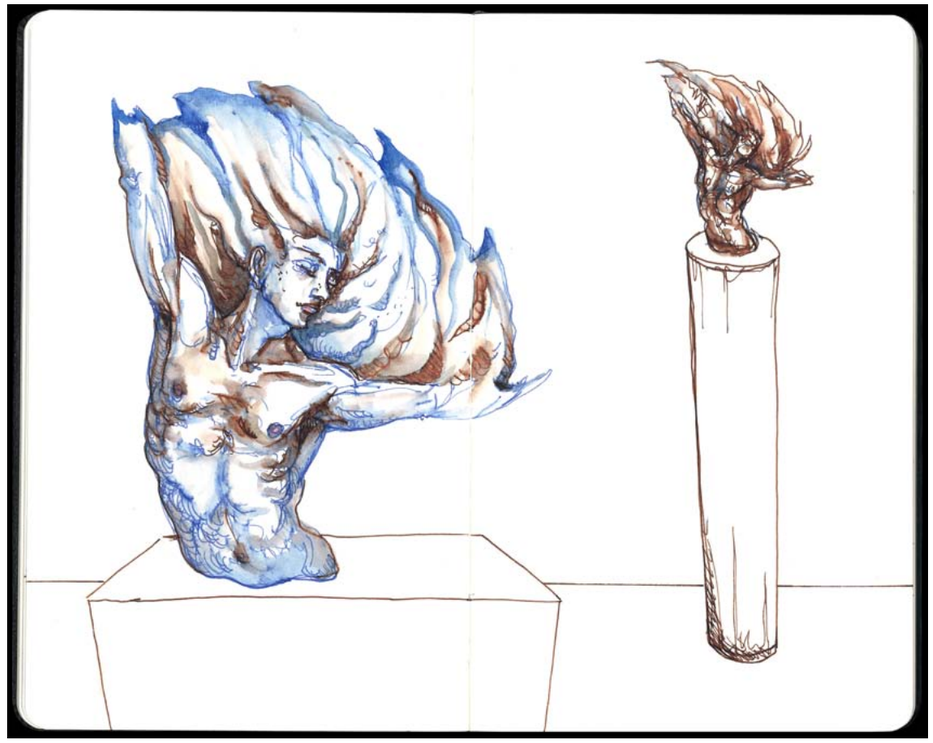
Las siguientes páginas, que de alguna manera guardan relación con las esculturas expuestas, están extraídas de diferentes cuadernos a lo largo de los últimos 10 años.

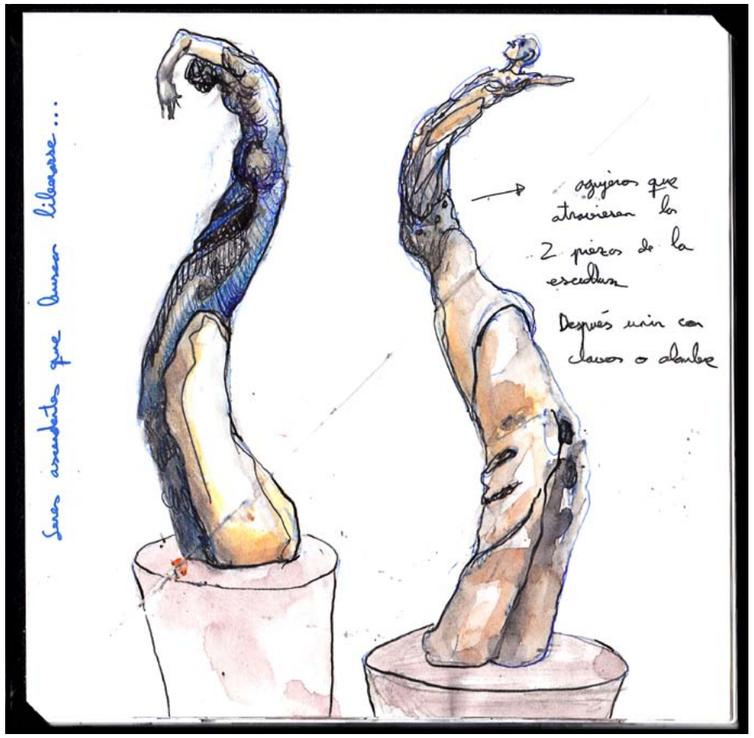


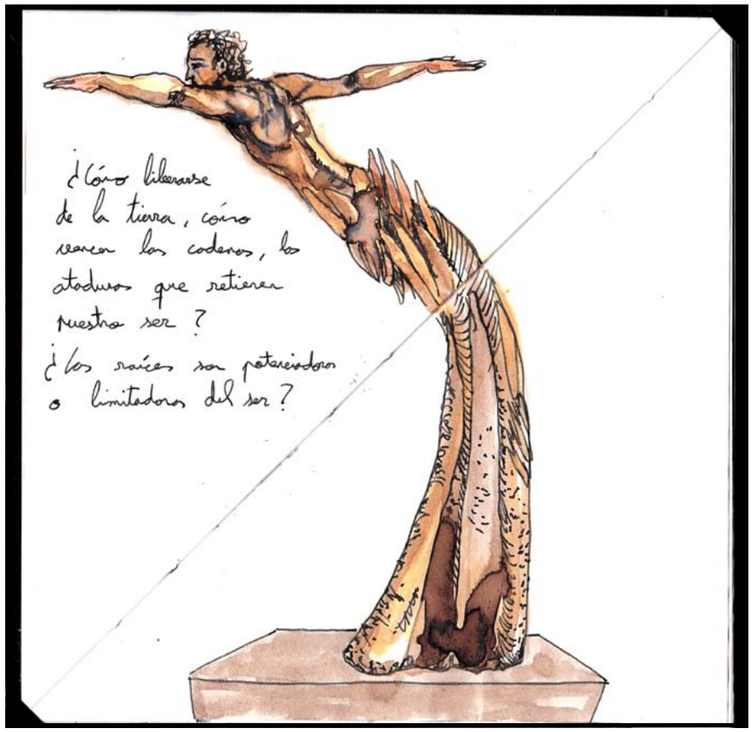


TORRECHIVA

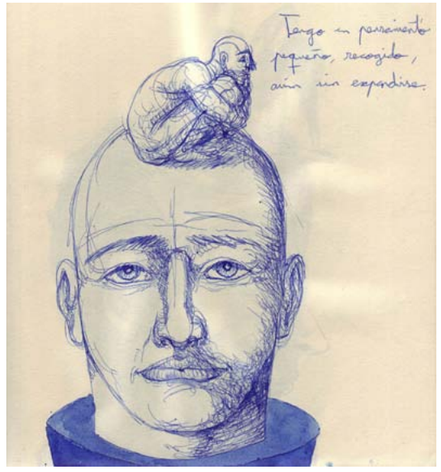

La flor del pensamiento

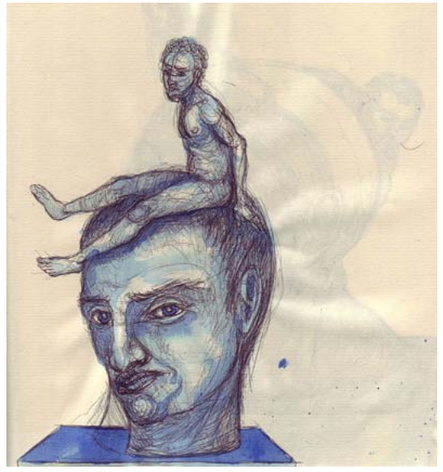


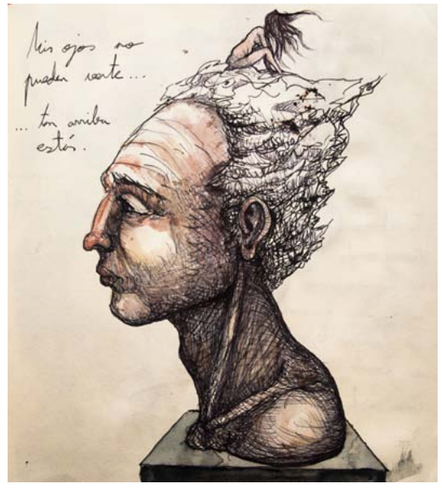

Seres atrapados que buscan liberarse...
agujeros que atraviesan las 2 piezas de la escultura
Después unir con clavos o alambre


¿Cómo liberarse de la tierra, cómo vencer las cadenas, las ataduras que retienen nuestro ser?
¿Las raíces son potenciadoras o limitadoras del ser?

Visión del cielo
Viajando al cielo.
El viajero del cielo.
El navegador


Tengo un pensamiento
pequeño, recogido,
aún sin expandirse.




Mis ojos no
pueden verte...
... tan arriba
estás.

fundación
CAJA RURAL
GRANADA